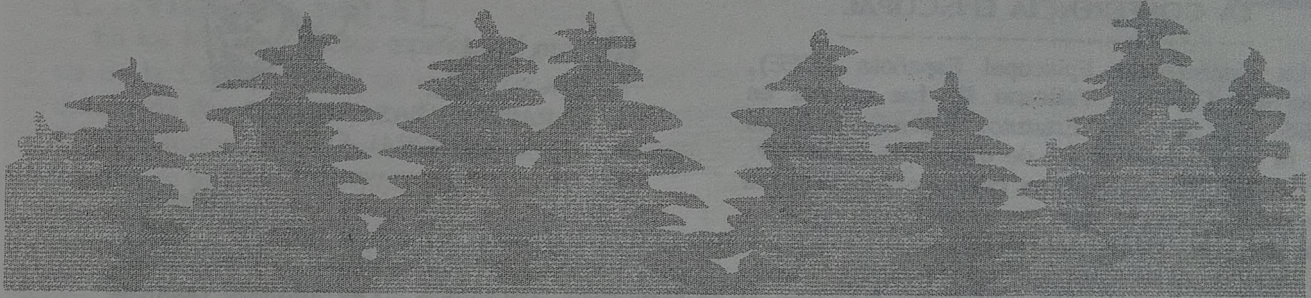




BIEN HECHOS... PERO MAL ACABADOS.



La frase me la dijo un amigo sin muchos estudios pero persona buena y profunda: «Los hombres estamos bien hechos, pero mal acabados». Y es cierto.

Estamos bien hechos: Dios nos ha hecho autosuficientes, de manera que hasta podemos vivir sin Dios, sin recordarnos de Él. Podemos ir solos por la vida, sin depender de Él. Como un hijo que ha recibido la vida de los padres, pero que cuando ha crecido puede hasta olvidarse y pasar de ellos. ¡Qué bueno y humilde es nuestro Dios!

Pero «estamos mal acabados». Y es que el ser humano, como ser espiritual que es, está abierto a una vida, a un amor y a una verdad sin límites; el ser humano no puede encontrar la plenitud en sí mismo. Por eso es un eterno insatisfecho. Como dicen los sabios, tiene una consciencia desgraciada: nunca llega a ser ni a tener todo aquello que desearía. Siempre tiene hambre y sed de «MÁS». Más amor, más libertad, más justicia, más paz, más vida, más comunión, más verdad, más bien, más igualdad, más fraternidad, más felicidad, más...

El no creyente dirá: porque somos así, nos inventamos a un Dios que cubra todas nuestras necesidades insatisfechas. El creyente dice: somos así, porque Dios nos ha hecho para Él, de manera que nada ni nadie puede llenarnos y solamente Él pueda ser nuestra plenitud. San Agustín, que había buscado la felicidad en tantos falsos lugares, lo expresó de manera insuperable: «Nos has hecho, Señor, para Ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en Ti». Dios nos ha dado un corazón tan grande, que sólo Él puede llenar. Como dice muy gráficamente un autor: «El corazón humano tiene un hueco del tamaño de Dios»... Esto explica por qué nuestra cultura actual, que ha rechazado a Dios, es la cultura del gran vacío. ¡Cualquier circunstancia es buena para buscar más (a) Dios! ¡Dios, tal vez, sea lo único que el ser humano necesita realmente!

JOSÉ SORANDO

